

UNA
VOTACION POPULAR

APROPOSITO COMICO

POR

ROMAN VIAL

ESTRENADO

EN EL TEATRO DE LA VICTORIA DE VALPARAISO

EL 3 DE AGOSTO DE 1869

POR LA COMPAÑIA GARAY.

(Segunda edicion.)



VALPARAISO.
IMPRENTA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER
—
1872.

AAG0511

6

PERSONAS.

CARRION, comandante de cuerpo cívico.

BELTRAN, sarjento " " "

POBLETE, cabo " " "

FEDERICO, jóven dependiente.

EDUARDO, " "

PETA, esposa de Poblete.

FELIPITO, hijo de Peta y Poblete
Pueblo.

La escena pasa en Valparaiso y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Una encrucijada o plazoleta.—En el fondo, derecha, se supone una mesa receptora de sufragios populares, colocada a una distancia conveniente, de manera que se sientan los murmullos del pueblo y aun se alcancen a comprender las palabras que han de decirse a su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

Comandante CARRION y sarjento BELTRAN.

Carrion.—¿Ha cumplido usted mis órdenes, sarjento Beltran?

Beltran.—He hecho cuanto he podido, mi comandante.

Carrion.—Pero ¿ha desempeñado usted bien la comision?

Beltran.—Sí, señor, al pié de la letra. A todos les comunicué sus órdenes; pero... voi a hablarle con franqueza, mi comandante: me parece que la compañía no está toda por la lista del gobierno.

Carrion.—Que no está toda por la lista del gobierno? Y por cuál ha de estar? Cómo! Se treven esos pelagatos a hacerme oposicion? a mí, a su comandante? ¿Quiere decirme, sarjento, quiénes son los cabecillas para secarlos en el calabozo?

Beltran.—Pero, señor, ya usted ve que los contrarios echan a correr el oro; y es mui sabido que... (*marcando las palabras y frotándose los dedos*) en viendo esto los ciudadanos... no hai calabozo que valga.

Carrion.—¿Y ahora me sale usted con esa, mi sarjento! Buena la ha hecho usted! Es decir que nosotros no tenemos oro ni otros recursos de que poder echar mano!

Beltran.—Sí, yo no lo dudo; pero... usted me perdonará, mi comandante, y aunque me esté a mal el decirlo, yo soi un hombre de bien que no acostumbro entrar en esos manejos...

Carrion.—Pues hombre! Es decir que yo debo ser un pillo! Se porta usted mui

bien, mi sarjento! Yo y la patria le quedaremos mui agradecidos!

Beltran.—La patria! La patria, mi comandante, nunca nos agradece nada a nosotros los pobres. Suponga usted que ahora triunfe el gobierno, o la patria, que es lo mismo, ¿se acordarán de mí el gobierno ni la patria?

Carrion.—Cómo! ¿Se atreve usted a dudar de mi palabra?

Beltran.—Ai, mi comandante! Triunfe o no triunfe el gobierno, yo seguiré siendo el sarjento Beltran, o el maestro Beltran, y mi comandante (a quien por lo menos harán coronel) me mandará al calabozo el dia que le falte a una lista o que siquiera le levante los ojos.... (cuando en estos dias me lleva perdonadas tres listas y una guardia.)

Carrion. (*Volviéndose.*)—Qué significa esa ajitacion! (*A Beltran.*) Pronto volveremos a vernos, amigo Beltran; hasta luego. (*Váse.*)

Beltran.—Amigo! me ha llamado amigo! Já, já, já!

ESCENA II.

BELTRAN y POBLETE, este último achispado, fumando un cigarrillo.

Poblete.—Quien a solas se rie, mi sarjento, de sus maldaes se acuerda. Esto no lo igo yo, mestro Beltran, sino que lo ice el refran. Con que ya le puce ir diciendo al refran por qué se estaba riendo, mestrito.

Beltran.—Hombre! Me reia a solas porque desgraciadamente no ando acompañado

como tú. (*Empina el codo como para indicar que el cabo está ébrio.*) ¡Me entiendes?

Poblete.—Sí, ya se las entiendo, mestro Beltran. Usted yastá acostumbrao a sus indireutas conmigo. Pero no le hace. Lo que yo quiero, mestro, es saber por qué se reya a solas.

Beltran.—Está bien claro, Poblete; porque te habia visto asomar por aquella esquina con una tranca que apenas podias....

Poblete. Y con esta son dos indireutas, mestro Beltran. Parece que usted ha amanecio hoi con la mala. Pero... ¡me ice o no me ice por qué se estaba riendo, mestrito!

Beltran.—Pero si ya te lo he dicho, hombre; no seas odioso. Andate a dormirla, será mejor.

Poblete.—Otra indireuta! Y esta es mui personal; pero se la perdono tamien, como me iga por qué se estaba riendo.

Beltran.—Vaya, hombre! Me reia porque vamos ganando la votacion. ¡Me crees ahora?

Poblete.—Cómo lei de creer, pues mestrito, si eso no es cierto. ¡Ya me engañó pues! Nostoi tan rascao como usted se lo figura, mi sarjento.

Beltran.—Sí, se conoce!

Poblete.— Ya se vé! Como yo no vengo e la mesa! Pregúnteselo por mas señas al capitán, que estaba echando tajos y reverses porque no queyan en lurna mas que de los coloraitos. (*Con aspavientos.*) ¡Pero si casi toos los de la compañía, mi sarjento, coloraos y mas coloraos! (*Murmullos en la mesa.*) Está la cosa que se arde, mestro Beltran! Y no hai que arle güelta. La ganamos sin remedio, la ganamos nosotros lo opositores.

Beltran.—Cómo es eso? ¡Tú, Poblete, te has vuelto opositor?

Poblete.— Güena cosa, mi sarjento! Qué tiempos que me hei volvio opositor! Usted cré, mestro Beltran, que en este corazon no hai amor a la patria y a la libertad?

Beltran.— Sí te lo creo, hombre! Te lo creo! Pero como te tenia hasta ahora por gobiernista, y el ser gobiernista no quita tampoco ser patriota y liberal!

Poblete.—Asi lo cré usted, pues, mestro, porque usted es mui güeno y mui honrao; pero el resto el partio... ¡pa qué hablar mas bien!

Beltran.—Y dime, Poblete, cómo anda tu partido en honradez y patriotismo?

Poblete.— Ah, mestrito! Eso es lo que usted no sabe! En mi partio andan mui erechitos los jusiles!

Beltran.—Mui derechitos andarán los fusiles, pero yo sé que tambien andan saltando los condoritos.

Poblete.— Hei lo ha e ver usted, pues mestro. Mui güeno es ser patriota, yo no igo que nó, pero no por eso ebe uno ejaxe morir de hambre. Y pa qué? pregunte usted. Pa que esos jutres que agora nos llaman amigos, que nos *pasan la mano*, (pero naa e *pasa-manos*) que nos prometen este mundo y el otro, apenas se acaban las votaciones .. *si te hei visto, no me acuerdo.* ¡A otro perro con ese hueso, mestro Beltran!

Beltran.—Vamos, hablemos claro: tú te has vendido, Poblete.

Poblete.—Poco a poco, mestro. ¡Qué es eso e vendio! Yo no me hei vendio a naide, porque un artesano como yo no se vende así no mas. Recibir naa mas que diez pesos por el voto, ¿eso llama usted venderse?

Beltran.—Pues es nada! Vender la conciencia!

Poblete.—Dale bola! Yo no hei vendio la conciencia, mestro, sino el voto, el voto solito. ¡Que no me ha entendio? ¡Estoi yo pa vender mi conciencia! Gracias a Dios, toavia pueo agarrar la lesna.

Beltran.—Pues mira, te han pagado mal, porque mi comandante da dos cóndores; (*con marcada intencion*) no por la conciencia, por supuesto, sino por el voto.

Poblete. (*Con interes.*)—¡Me lo ice e veras, mi sarjento?

Beltran.—Como lo oyes.

Poblete.—Con que es decir que los liberales me estaban engañando!

Beltran.—Asi no mas es.

Poblete.—Bribones! Querirme robar diez pesos! Y en estos tiempos! Bien me habia icho usted, mestrito, que esa jente no tiene pizca e patriotismo ni elicaeza!

Beltran.—Pero si aun es tiempo, aprovecha la ocasion, que mas tarde ya no se podrá votar.

Poblete.—Ice usted bien, mi sarjento. Agora mesmo me voi volando a buscarlo... ¡Tan güeno y tan jeneroso mi comandante! Si no es capaz e quearse con el trabajo e naide! (*Sale de prisa gritando*): ¡Viva mi comandante Carrion! Viva el gobierno! (*Váse tras él el sarjento.*)

ESCENA III.

FEDERICO y EDUARDO, que llegan juntos.—
En esos momentos se siente ajitacion en la mesa y gritos de ¡Viva la oposicion!

¡Abajo el ministerio!

Eduardo. (Con alegria).—Nuestra causa triunfa, amigo mio! Vamos ganando lejos, mui lejos. Oh! este es un golpe de muerte para el gobierno.

Federico. En efecto, le será mui vergonzoso perder la votacion en un departamento tan importante como Valparaíso, a pesar de los indignos manejos que ha puesto en juego.

Eduardo.—Asi es, porque no ha perdonado medio: los empleos, las promesas de todo jénero, el cohecho, la amenaza, todo, todo lo ha considerado lícito. Pero inútilmente, amigo mio. La buena causa triunfa esta vez. ¡Y has visto lo bien que se están portando los artesanos? ¡Hasta los empleados!!

Federico. — Eso de los empleados... no sé qué te diga, Eduardo. ¡¡Son tan culebras!! Y a fé que les hallo razon: asi no mas no se da al traste con el empleo y con toda una carrera.

Eduardo.— En esto no soi de tu opinion, Federico. El hombre que tiene dignidad, jamas sacrifica sus opiniones al empleo ni a consideraciones de ningun jénero. Ademas, nadie les pone una pistola en el pecho para que hagan público su voto.

Federico.—Pero esas cosas, Eduardo, si no se ven, se huelen. El espionaje, la adulacion tienen buen olfato, y ¡pobre del empleado que ha votado contra el gobierno! Este es un crimen de alta traicion, de lesa patria!

Eduardo.—Es que todavia no tenemos conciencia de nuestros deberes de ciudadanos: esta es la verdad. Si todos los empleados supieran hacer uso de su independencia, ya seria otra la conducta de los gobiernos.

Federico.—Pero desgraciadamente tenemos empleados buenos y empleados malos, y los malos sacrifican a los buenos. El hombre que no es útil, que debe su empleo al favor y no a sus méritos—y estos son muchos, por desgracia—se ve obligado, para ascender o para mantenerse en su puesto, a adular, a hacerse partidario ciego, a sacrificar uno de los

derechos mas preciosos que tiene el ciudadano: la independencia de sus opiniones.

Eduardo.—Sin embargo, esta vez los empleados se están portando como hombres.

Federico.—Dios te oiga, Eduardo! Esta seria una gran revolucion en nuestros viejos sistemas. ¡Los empleados haciendo oposicion al gobierno!

(Grandes murmullos y ajitacion en la mesa.—Federico y Eduardo van a salir, pero se detienen al encontrarse con Poblete, que llega como una cuba, y tras él Peta con un niño en brazos, bien envuelto, y llevando de la mano a Felipito)

ESCENA IV.

DICHOS, POBLETE, PETA y FELIPITO.

Poblete. (Dirijiéndose a Federico).—Aquí me encontré al patron! Patroncito: ya sufragué... con el coloraito, por supuesto. Y me parece que se la ganamo al gobierno... ¡Lo llevamo a chicote borneo!

Federico.—Efectivamente, amigo; y como ya no necesitamos trabajar mucho, creo que seria bueno que usted se fuese a su casa....

Eduardo.—Sí, porque está algo malito....
Federico.—Y usted sabe que los enemigos no buscan mas que pretextos para vengarse.

Eduardo.—Y ademas usted tendrá que trabajar mañana, y...

Peta. (Adelantándose).—Qué ha e trabajar, señor, si este hombre está entregao al vicio e la borrachera!

Poblete. (Que no habia visto a Peta).—De ónde ha salio este diablo!

Peta.—Es un hombre, señor, que apenas se orea...

Poblete.—¡Quiéres callarte, mujer?

Peta.—El no piensa en el trabajo, ni en su casa, ni en su mujer, ni en sus pobres hijos...

Poblete.—Malhaya sea la mujer! Le mando que se calle! ¡Venirme a esacreitar!...

Peta.—Borracho sin vergüenza! (Y ustedes perdonen, caballeros.)

Poblete.—No le haga caso, señor, a esta mujer, que yo creo que viene ébrida. Se queja e puro regalona que yo la tengo. Por eso no es güeno enseñarlas a mal.

Federico.—Bien, amigo; asi regalonas es como todos los buenos esposos deben tener a sus mujercitas y a sus hijos. Y ahora váyase con ellos sosegadito .. apro-

veche los diez pesos que me pidió esta mañana para llevarles pan, porque yo no se los he dado a usted por el voto, sino simplemente como una limosna.

Felipito. (*A su madre.*)—¡Diez pesos le han regalao a mi taitita!

Eduardo.—Sí, es mejor que se retire con su esposa y sus hijos. Adios, amigo, y váyase en paz.

Federico.—Y tambien vámonos nosotros, Eduardo, que no es mui agradable esta escena.

ESCENA V.

POBLETE, PETA, FELIPITO.

Peta.—Con que te han dado diez pesos, pícaro, perdulario!...

Poblete. (*Con ademán amenazante, empuñando la mano.*)—No me venga a insultar la mujer, porque le doi un moquete...

Felipito. (*Astijido e interponiéndose entre ambos.*)—Nó, taitita, por Diosito, no le pegue a mi mairecita!

Peta. (*Encarándose.*)—Sí, pegáme no más!... Hacé la prueba, y veris como te mando cortito a la policía.

Poblete.—¡A mí? A mí a la pulicía? ¡A que le doi una guantá! Mándese usté cambiar, señora!... Volando!... ¡Onde se ha visto a una persona ecente, a una señora casá como usté, arengueando con su mario en la calle pública!

Peta.—(Pero, Dios mio! ¡hasta cuándo sufro a este hombre!) Mira, te lo juro, desastrao, que yo me hei de saber buscar la vida de otra manera...

Poblete.—¿Qué estai diciendo, mujer! Tú buscar la via!

Peta.—Sí, yo misma, ya que tengo un mario que no me da mas que sentir.

Poblete.—Pero tú con mario y con hijos... cómo vais a trabajar, mujer! ¡No faltaba más!

Peta.—Ya lo verás! Ya verás si yo me ejo morir!

Poblete.—Esta mujer está loca. ¡Y no hai un mucipal, señor, que reglamente a las mujeres casás!

Peta.—Los mucipales debian, empezar por reglamentar a los hombres, incluso los mucipales!

Felipito.—Qué es eso de reglamentar, mamita!

Peta.—Calláte, niño, que a tí no te va ni te viene.

Poblete.—(Vea usté lo que es el mundo!

Esjar libre a las señoras casás y querer reglamentar a las niñas solteras!... Hei les harán tamen pagar la patente.)

Peta. (*Metiéndole repentinamente la mano en el bolsillo.*)—A ver esos diez pesos que te han dao, tunante, pa comprarles pan a tus hijos.

Poblete. (*Tratando de sacarle la mano.*)—Ah! grandísima diabla! Eso querias tú, los diez pesos, eh?

Felipito. (*Colgándosele par el otro bolsillo.*)—Sí, taitita, los diez pesos pa que me compre pan mi mamita.

Poblete.—Tú tambien, diablillo, queris los diez pesos! Lárgame, muchacho!... Suéltame, mujer! Ladrones!... Ausilio!...

Felipito. (*Saltando de alegría y mostrándole la moneda.*)—Aquí están, mairecita! Aquí están! A comprar boyos! A comprar...

Poblete. (*Siguiendo a Felipito tambaleando, y el niño sacándole lances.*)—Muchacho condena! A tu padre venir a saltar! Agárrenlo! Atajen a ese pícaro!... Viji-lante! (*Váse el niño por el fondo, y tras él Peta.*)

ESCENA VI.

DICHOS, CARRION y BELTRAN, que llegan sin percibirse de Poblete.

Carrion. (*Con impaciencia.*)—Estos bribones son capaces de venderse por dos vasos de chicha!

Poblete.—(No tendrá que ecirlo por mí el comendante, porque nunca hei dao mi voto por menos de veinte riales. Y si lo hei hecho, no ha sido mas que por la circunstancia o de la pura necesiá.)

Carrion.—Asi cómo podrá contarse con los pueblos! Y se habla de voluntad nacional, de opinion pública y qué sé yo de cuántas otras pamplinas! Estamos perdidos, sajento Beltran! Nos han traicionado! Hasta los empleados se nos han pasado!

Poblete. (*Acercándosele.*)—Qué picardía, señor!... Una causa tan santa!... Pero yo no lo creo toavia. Cómo ha e ser eso! Si los gobiernos no pierden nunca, mi comendante.

Beltran.—Lo que es esta vez...

Carrion.—Vamos, esta vez el gobierno habrá querido dejarse ganar... ¡Y este tuno, ha votado ya!

Poblete.—Toavia nó: a sus órdenes, mi comendante. (*Se cuadra, siempre tamba-*

leándose, pero haciendo esfuerzos por mantenerse inmóvil.)

Carrion.—Ven acá. (*Le lleva a un lado.*)
¿Tienes ahí tu calificación?

Poblete.—Intautita, mi comandante. Toavía no ha pecao. (¡Si aflojará los dos cóndoros!) (*Saca la calificación y empieza a desdoblirla.*)

Carrion.—Está bien. Tú eres de los nuestros, ¿no es verdad?

Poblete.—Justo, mi comandante. (Por los veinte pesos, por supuesto.)

Carrion.—Entonces toma este voto y véte a la mesa. En seguida puedes verte conmigo, que no quedarás mal. (*Se acerca a Beltran.*)

Poblete.—(Mal!) ¿Con que lo veo despues, mi comandante?

Carrion.—Sí, hombre.

Poblete.—Y ónde lo veré, mi comandante?

Carrion.—Por aquí, por aquí mismo me encontrarás.

Poblete (*Dando dos pasos y volviendo.*)—
(¿No se me irá el comandante?)

Carrion.—Mui mal se ha portado la compañía, mi sarjento; casi todos nos han sido contrarios. (*Se vuelve y ve al cabo, que está parado a alguna distancia.*)
¿Qué haces, hombre? ¿Esperas que se levante la mesa?

Poblete.—Con que aquí lo encontraré, mi comandante?

Carrion. (*Impaciente.*)—Te lo he dicho ya cien veces, canasto! Habrá bribon! También desconfía de mí! (*Le vuelve la espalda.*)

Poblete. (*Echa a correr haciendo equis, pero se detiene poco antes de desaparecer, y dice, mirando al comandante.*)—Si perderé estos veinte pesos!

ESCENA VII.

DICHOS, menos POBLETE.

Beltran.—Señor: yo he hecho cuanto me era lícito y compatible con mi honradez. Además, mi carácter no me permite sobornar a nadie, y al contrario, tengo repugnancia a todo el que vende su conciencia.

Carrion.—Déjese de tonterías, sarjento Beltran. Así nunca será usted nada.

Beltran.—Y qué puedo ser yo, mi comandante? Me ascenderán? Seré oficial alguna vez?

Carrion.—Mire usted, sarjento, ¿no es usted carpintero?

Beltran.—Por lo mismo...

Carrion.—Oiga usted, sarjento Beltran: ¿no es usted carpintero? Pues bien: el gobierno también suele emprender obras de carpintería, y es mui justo que prefiera a sus amigos y no a sus enemigos.

Beltran.—Eso se dice ahora, señor, pero despues... —Que vengan los extranjeros, dice el gobierno, porque los hijos del país son mui trapalones.—Y en la mejor se la pegan también los extranjeros, porque no faltan extranjeros trapalones.

Carrion.—Tiene usted mucha razón, mi sarjento, y la prueba es que el mismo gobierno se está desengañando con ellos. Yo le prometo que no se olvidará de los hijos del país. (*Golpeándole el hombro.*)
A usted, sobre todo, yo lo recomendaré al ministro, que es un buen amigo.

Beltran.—Muchas gracias, mi comandante. Pero si yo llegara a aceptar alguno de esos trabajitos... sería legalmente... porque no quiero que se diga... Ya usted sabe lo que es la jente de habladora...

Carrion.—(Hipócrita!) Qué ha de decirse, hombre! Usted es un partidario de convicción, un hombre honrado. (Ya la tragó con toda su honradez.)

(Murmillos extraordinarios y ajitación en la mesa.
—Gritos de *¡fuera ese borracho, fuera!*—*¡Es un vendido!*—*A la cárcel con ese gandul!*—*¡Sí! que ha venido a votar dos veces!*—Carrion y Beltran acuden y se encuentran con Poblete que llega jadeante y despavorido, sin sombrero y la manta rota, huyendo de una parte del pueblo que lo persigue, pero que se detiene al ver al comandante Carrion y al sarjento Beltran.)

ESCENA VIII.

DICHOS, POBLETE y pueblo.

Carrion.—Qué es esto? Qué ha sucedido?

Dejen ustedes a este hombre! Yo me encargo de él. (*El pueblo se retira.*)

Beltran.—Por qué te persiguen, hombre! Has hecho alguna barbaridad?

Poblete. (*Resollando con dificultad y pronunciando las palabras entrecortadas.*)—
Nada!... nada, mi comandante... Juí a la mesa... saqué... mi... calificación... la entregué; pero... toavía... no la habia abierto... cuando esos pícaros... empezaron a gritar... «Fuera ese borracho!... Vendió! Facineroso!...» Y hasta ladrón me han dicho!... ¡¡A mí ladrón! Brrrr...

Carrion.—Pero por qué te han dicho eso?
¿No iba en regla tu calificación?

Poblete. — Justo! Pero ecian que yo me habia vendio... y que habia votao dos veces...

Beltran. — Pero ¿es cierto que has ido a votar dos veces!

Poblete. — Falso!... y mui falso! Yo no habia ido a votar... mas que una... una sola vez... Con esta última si que eran las dos.

Carrion. — Bárbaro! De buena te has escapado!

Beltran. — Y merecias haber ido a la cárcel.

Poblete. — Güena cosa!... ¿Que no iba agora... a votar por el gobierno? Si lo hubieran hecho en la otra, que voté... por la oposicion... toavia!... Pero agora ha sido una picardia, y naa mas.

Carrion. — Pero cómo te has atrevido, estúpido, a faltar tan descaradamente a la lei!

Poblete. — Yo no hei faltao a ninguna lei, mi comendante; al contrario, esta es... una trampa legal, y naa mas.

Beltran. — Qué cosa buena puede hacer un borracho!

Poblete. — ¡Yo borracho, mestro Beltran! ¡Ya empezamos con las indireutas!... Es cierto que hei echao mi traguito, no igo que nó; pero estoi un poquito alegre... asi... alumbraito, y naa mas...

Beltran. — Sí, mui alegre, y del susto casi se te ha pasado la borrachera.

Poblete. — Este mi comendante no mas tiene la culpa! Bien no queria ir, pero como no pueo hacerme rogar, porque yo soi asi... (*Y alarga la mano para demostrar su largueza.*)

Carrion. — Me gusta la desfachatez!

Poblete. — Pero no está too perdido, mi comendante; toavia pueo ir a votar...

Carrion. — Estás loco, hombre!

Poblete. — A lotra parroquia, pues, mi comendante! (*Llevándose la mano a la cabeza.*) Como me den mi sombrero, que me han robao esos pícaros... Y me llamaban ladron!... Qué ice, pues... (Cómo pierdo estos veinte pesos!... Y luego que Felipito me ha ejao sin Cristo!) (*Cuadrándose ante Carrion.*) A sus órdenes, mi comendante!

Carrion. — Nó, no te necesito, hombre; véte con Dios. Estás mui ébrio.

Beltran. — Hace rato que te aconsejé fueras a dormirla; y es lo mejor que puedes hacer ahora si no quieres ir a parar a la policia.

Poblete. — Güen dar! Con que despues que

me han pegao, me han corrio, me han robao el sombrero, toavia tendrian valor de pasarime *pa dentro*?

(Se siente mucha agitacion en la mesa, que se ha levantado.—Se oye decir dentro las palabras siguientes:—*Al escrutinio! al escrutinio! Viva la oposicion! Vivaa!*—Se sienten cohetes y griteria jeneral.)

Carrion. (*Furioso y saliendo.*)—Cómo es eso! Están quemando cohetes? Y qué hacen esos pacos que no les sacan la multa?

Beltran. — No les haga caso, mi comandante! (*Váse tambien.*)

Poblete. — (El choreo es libre.)

ESCENA IX.

POBLETE, FEDERIDO y EDUARDO, mui alegres.

Federico. — Aun andas por aquí, hombre!... Y sin sombrero.

Eduardo. — ¡Te has vuelto loco!

Poblete. — Nó, señor, es que... me han robao.

Federico. — ¡Qué te ha sucedido!

Poblete. — Ya se lo hei dicho a usté, patron: me han salteao!

Federico. — A estas horas, y en la calle pública!

Poblete. — Ya se vé! Como hoi no se roba de dia claro!... Andan unos lince!...

Eduardo. — Pobre hombre!

Federico. — Pero cómo te han salteado? Estabas durmiendo?

Poblete. — Ha e saber usté, señor, que en mal hora me juí a meter (*Se sienten murmullos en la mesa*) entre esa jente que está alborotá... y ¿no me alboroto yo tambien? Me saco el sombrero y lo tiro pa riba, y... adios casero!... Entonces les dije que eran unos pícaros, unos ladrones... ¡y me han seguio, señor! que si no es por el comendante Carrion, que me sirvió de ánjel de la guardia, a estas horas el pobre Poblete estaria como un Santo Cristo. Pero golviendo o otra cosa, señor, parece que hemos triunfao al fin; y dicen que agora ya no vendrá mas obra hecha del extranjero, y que los artesanos del país vamo a hacer toitito el trabajo.

Federico. — Pero quién te ha dicho eso, hombre?

Poblete. — A mí me lo ha icho el sarjento Beltran, que se lo contó el capitan, porque a él se lo ijo el comendante Carrion,

que se lo mandó ecir el ministro e la destrucion pública.

Federico.—Ah, bárbaro!

Poblete.—Cómo ha e ser bárbaro el ministro, señor; no iga usted eso; cuando esos caballeros tienen mas cacumen!...

(Federico y Eduardo empiezan a pasearse lentamente. Se les agrega Poblete.)

Federico.—¿A qué hora sabremos el resultado del escrutinio?

Poblete.—Lueguito ha e llegar el escrutino, señor, porque hace ya mucho tiempo que lo están aprontando. Y dígame, señor: de esta hecha a usted lo harán gobernar por lo menos.

Federico.—Hombre, yo no seré nada, porque no trabajo por interés; yo no pertenezco al número de los logrerros.

Poblete.—Eso lo ice usted, pues patroncito; pero quién sabe si su corazon dirá otra cosa.

Eduardo.—(El tal Poblete es un pillo...)

(Gran ajitacion afuera: se sienten gritos de *¡Viva el ministerio!* Van a salir Federico, Eduardo y Poblete, y se encuentran con Carrion y Beltran, que llegan mui alegres.)

ESCENA X.

DICHOS, CARRION Y BELTRAN.

Carrion.—Hemos triunfado! Qué chasco tan solemne se han llevado!

Beltran.—Se les volvió la tortilla!

Federico.—Cómo es eso?

Carrion.—Que la victoria es nuestra.

Federico.—Imposible!

Carrion.—Ha habido un engaño, y de aquí el error en que todos estábamos.

Poblete.—Y yo lo ecia: ¡si los gobiernos no pierden nunca!

Federico.—Pero no puede ser, comandante; a usted lo han engañado.

Carrion.—Asi será, pues, si usted no lo quiere creer. (*Se repiten las aclamaciones de «¡Viva el ministerio!» y gritos de mucha jente.*) Oye usted?

Poblete. (*A Eduardo.*)—Nos fregamos!!

Eduardo.—Quita allá! (*Y lo empuja.*)

Federico.—Pero cómo ha sido ese engaño...

Carrion.—Mui sencillo: que los empleados y muchos otros que querian votar por el gobierno y quedar bien a la vez con la oposicion, han sufragado con votos lacres, perfectamente imitados; y como ustedes contaban todos esos votos como suyos, de aquí el error.

Federico.—Qué tal, Eduardo! ¡Tenia yo razon?

Poblete.—Sí, tenia mucha razon. Viva el gobierno! Viva mi comendante Carrion! Viva!!

(Vánse Federico y Eduardo, y al mismo tiempo llega el pueblo dando *vivas* al gobierno y al comandante Carrion.—Entre el pueblo viene Peta con sus niños.)

ESCENA XI.

DICHOS Y PUEBLO, PETA Y NIÑOS.

Carrion.—Gracias, ciudadanos, gracias. Pero mucho orden... orden! orden!!

Poblete.—¿No se abre la pipa, mi comendante?

Carrion.—Bien, muchachos, se abrirá: quedan convidados. Iremos al café mas inmediato.

Una voz.—Al *Chaperon*, mi comendante.

Otra voz.—Nó! nó! A la botica e Briseño!

Todos.—Sí! sí! A la botica! A la botica!

Poblete.—Yo soi de opinion que vamos a lo e los Trigueros.

Todos.—Sí, onde los Trigueros!

Carrion.—Pues allá, muchachos!

(Se pone en marcha la comitiva con Carrion en el centro.—Poblete, que va a seguir a los demas, es detenido por Peta, que lo coje de la manta.)

Peta.—Con que onde los Trigueros, y con esa traza! Pa tu casa, demonio!

Poblete.—Pero mujer! ¿No me ejais ni bolsear un vasito e chicha!... Entonce éjame siquiera espeirme e los amigos. (*Se adelanta y se dirige al público, sacando la calificacion.*) ¿No hai alguno por hei que me la quiera comprar pa las votaciones veniéras!... Allí veo un ajente... Lueguito voi: espéreme allá ajuerita. (*Corre seguido de su mujer e hijo.*)

CAE EL TELON.

